

El sexo en Albacete,  
Ciudad Real y Toledo

# COMO SE LO MONTAN LOS CASTELLANO- MANCHEGOS

Dicen las estadísticas que las españolas son las ciudadanas europeas que menos hacen el amor; que los matrimonios de nuestro país no son especialmente generosos en cuestiones de sexo porque con una o dos veces por semana se suele despachar el asunto; que Castilla-La Mancha es la región que más transexuales masculinos aporta a las cifras nacionales y que, en fin, la nuestra es la comunidad autónoma que más clubes de alterne tiene por kilómetro cuadrado. Estadísticas aparte, el presente informe demuestra que los castellano-manchegos no somos muy diferentes al resto de los españoles: que aquí cada cual vive el sexo como puede o le viene en gana y que en todas partes cuecen habas. Así se lo montan los castellano-manchegos para desahogarse sexualmente.

**R**icardo es un joven toledano de 25 años que dice ligar menos que los gases nobles y que está ahorrando desesperadamente para comprarse un coche. Pero no para circular por la ciudad, que más que un placer es un sufrimiento, sino para aparcarlo estratégicamente por el valle, Valdelobos, el Camino del Cementerio, la Bastida o las dos rotondas antes de llegar al Hospital Nacional de Parapléjicos y, en compañía femenina, retozar a gusto le-

jos de miradas inquisitivas. «Si no tienes buga no te estrenas», asegura Ricardo, cuya vergüenza le impide hacer como su amigo Jorge hace unos años en un local público que se llamaba El Piano, en el que rodeado de gente por todas partes, entre los que no cabía un alfiler, aprovechaba uno de los rincones con menos luz para hacer el amor con su novia, de pie y a tope, sin que se enterasen los de al lado.

Por supuesto, el caso de Jorge no es habitual entre los



jóvenes de nuestra región, pero el de Ricardo sí. Quienes no tienen disponibilidades económicas para alquilar un piso, vulgarmente llamado «picadero» por los fines a que se destina, se deben conformar con los escasos centímetros cuadrados hábiles del utilitario y las amplias zonas «verdes» que existen en cada ciudad. Los talaveranos, en La Alameda, en la ribera del río Tajo; los ciudadrealeños, en el descampado de la Universidad y los más atrevidos en La Atalaya, en donde la clientela es cada vez más escasa desde que hace varios años se registró un crimen pasional; los jóvenes de Alcázar de San Juan lo hacen en el polígono industrial, que

es conocido popularmente como «El Sáhara» por ser lugar de mucho polvo; y los albaceteños, en la Pulgosa. En Toledo existe un paraje singular, preferido por los más exquisitos: el depósito que hay en las inmediaciones del Parador Nacional que, según cuenta uno de sus clientes fijos, «las noches de verano, con el cemento calentito por el sol, se transforma en gran camastro capaz de excitar las más intensas pasiones de las parejas». Ni en éste ni en otros lugares faltan los «mirrones», habitualmente varones de entre 40 y 55 años, que en más de una ocasión han sido sorprendidos disfrutando con el amor ajeno y en el mejor de los casos han tenido